



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO VI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13321

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 14 DE ABRIL DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sedrocción en Cartagena. VILLA DE SAN Y COMPAÑIA Caballos 15

Resurrección

La Iglesia cambia sus vestiduras de luto y tristeza y viste sus grandiosas é incomparables galas, símbolo del arte cristiano; las campanas tocan á vuelo anunciando al mundo la Resurrección del que encarnó para salvación de los pecadores; los templos se inundan de oleadas de luz, envueltas entre las nubes del incienso que se quema en los altares y que suben hasta el cielo; el sacerdote dijo el *Gloria in excelsis!*... que repercute en las afitegrana-das ojivas de los templos; el *Hossanna* es pronunciado por todas las lenguas del mundo, y resuena por tierras y por mares; las ciudades y los pueblos respiran las alegrías de la Pascua, que contrastan con las tristezas de los tremendos misterios; la naturaleza ha despedido el manto de tristeza que marchitaba su belleza, y sonríe; el cielo brilla con nueva luz; la primavera despierta del letargo de los días helados de invierno que ya pasaron, engalana sus campos poblando de verdes hojas las secas ramas de los árboles, y con los besos del calor manda á sus flores, has ta hoy mustias, que abran poquito á poco sus cálidos y elevan al cielo sus perfumes; y los pajarillos, estremecjén-dose de placer, trinan sin poder por más tiempo guardar el secreto, y unen sus cánticos á los de júbilo de la redimida humanidad y a la voz del ángel hermosísimo, que batiendo sus alas de oro hace resonar su arpa celestial, diciendo: *Resurrexit, non est hic; Jesús se ha levantado del sepulcro; el se-*

pulcro no es ya su morada». ¡Jesucris to ha resucitado!

Resurrexit sicut dixit! Allelu-ya, alleluya!... Ruedan por tierra lle-nos de espanto los guardias que rodean su sepulcro, y todo hermoso, triunfan-te y lleno de gloria resucita el Señor.

En un instante el alma sacratísima se une á su cuerpo, rebosante de vida, revestido de gloriosa divinidad, cicatri-zadas todas sus llagas, y libre de las li-gaduras que le oprimian y sin quitar la piedra sellada que cierra la sepultura; convertidas sus tumbas en luz y en-vuelto en la esplendorosa claridad de los rayos del sol, sale Jesús del sepul-cro, triunfante de la muerte del infierno, sometiendo el espíritu de sus opresores y desplegando el estandarte de sus glo-riosas victorias sobre sus enemigos.

La Resurrección de Jesucristo es la antítesis de su ignominiosa pasión.

Finalizaron las figuras y empieza la ley de las venturosas realidades, inau-grurándose una nueva época para la ex-traviada humanidad; el demonio fué vencido, y burlados los planes del averno; la verdad brilló como fuego es-plendoroso; las almas no baten sus alas de desgracia, están elevadas; los am-plios horizontes de la esperanza se ha-llan abiertos; la senda de abrojos con-duce á la eterna felicidad; nuestra raíz vive y algún día seremos vivificados los sarmientos; las puertas del cielo, cerra-das hacia cuarenta siglos por la culpa del paraíso, están abiertas; los santos patriarcas cautivos en el seno de Abra-ham, libertados; alegrada la Santísima Maria, alegrados los apóstoles y ale-grados los cielos y la tierra, porque el hombre entra en la senda del bien y de

la verdad, trazada por el triunfante Je-sús.

¡Jesucristo ha incoado nuestra resu-rrcción, y resucitando Jesucristo tam-bién nosotros resucitaremos!

Alegrémonos; este es el día santo y

glorioso que hizo el Señor; día del des-tiempo... da culpa y de toda pena, de cumplimiento de toda gloria; día puramente de Dios.

X.

LAS PROCESIONES

En uno de los últimos artículos re-ferentes á las procesiones de Semana Santa decíamos que más hace quien quiere, que quien puede; y esta verdad que constituye ya experiencia, de la cual ha nacido el refrán castellano, se ha evidenciado nuevamente con oc-a-sión de las pasadas fiestas.

Estaba dividida la grey californiana, trabajada por disgustos interiores que alejaban toda esperanza de acción común; y aunque no carecía de elemen-tos para volver por sus prestigios, no le estimulaba el deseo de alcanzar nuevos triunfos. Mas surgió una vo-luntad decidida; se aplicó con ahinco á limar asperezas; unió á la suya nuevas voluntades; trabajó con fe, y lo que parecía imposible por resisten-cias que era difícil dominar, resultó hacedero, tan llano, tan fácil, y tan importante al mismo tiempo, que ac-ábamos de asistir más que al triunfo de los californios á su ingreso en una nueva etapa en la que les esperan aplausos generales y hondas satisfac-ciones.

En cuanto á los marrajos... se ac-aban. Morían sin remedio; estaban desahuciados; ya no daban señales de vida y nosotros mismos hemos afir-mado dos veces en estas columnas que había que despedirse de las pro-ciones de dicha cofradía porque no las veríamos más. Tan seguros está-bamos de lo que decíamos, que en ocasión de instar á los del Prendi-miento para que verificasen la suya, les aconsejábamos que hiciesen tam-bién la del Entierro. Pero surgió otra voluntad que se aplicó valientemente al vencimiento de la inercia y los hizo entrar velozmente en movimiento has-to el punto de habérsenos revelado

los marrajos con el entusiasmo de sus mejores días.

Dos cosas han contribuido á ese enérgico despertar: su propia existen-cia puesta en entredicho y el deseo de probar que si los californios han logrado presentar en la calle un tercio de soldados romanos digno de admi-ración, no están ellos exentos de vir-tudes de paciencia y constancia para realizar empresas semejantes; y al efecto, y para que se vea de lo que son capaces, también han exhibido su mejora: un trono nuevo hecho en contados días.

Decíamos el lunes, después de ha-ber visto pasar, aplaudido, por la ca-lle Mayor el nuevo tercio de los cali-fornios, que éste—el tercio—no podía haber sido fabricado con el fin de exhibirlo una vez única y archivarlo después para *in eternum*. Y añadía-mos, que parecía más bien que tal mejora era principio de algo nue-vo; algo así como punto de partida de una segunda etapa de nuestras pro-ciones. Y así es, porque el entusiasmo de las cofradías no ha terminado con las fiestas de Semana Santa. Una y otra aspiran á hacer reformas gran-des y por lo que toca á los marrajos, se han puesto en condiciones de em-pezár á hacer. Por de contado, ya tie-nen una comisión y al frente de ella una persona de indiscutible mérito, por sus iniciativas y firme voluntad. Y como esa persona no ha de consen-tir que su gestión fracase, podemos tener por seguro que el año venidero tendremos procesiones con reformas. Va en ello el amor propio y hay que defenderlo, porque en este caso en que sólo se busca la satisfacción del espíritu y el interés de la localidad,

nada tiene de censurable esa pasión.

Y dicho esto como epílogo de la campaña procesionista que hemos realizado con singular fortuna, diga-mos algo de las procesiones.

El cielo inclemente se opuso á la salida de los californios, ofreciéndoles un Miércoles Santo lluvioso y triste; pero como de los escarmentados sa-len los avisados, y los californios tie-nen ya la experiencia de lo que cuesta recabar un permiso para echarse á la calle en día diferente de o qué! para que se pidió, lo habían solicitado aho-ra por tres días. Esa circunstancia les ha favorecido, pues si el Miércoles Santo les opuso su veto, el Jueves les ofreció un hermoso día, de limpio cielo y atmósfera serena.

Y lo aprovecharon. Y además se lu-cieron, á pesar de tenerse que formar en la calle por estar expuesto el mo-numento y no ser posible clausurar la iglesia. Sin embargo, como son du-chos en estas formaciones, la organi-zación se hizo con gran orden y lo mismo la incorporación de tronos.

Lasseis y media eran cuando el her-mano mayor de la cofradía del Prendi-miento, nuestro distinguido amigo D. Ricardo Spottorno, ocupó la plata-forma de la calle de San Miguel, dan-do orden de batir marcha. A golpe de tambor desfilaron los granaderos y tras ellos el primer tercio de capirotes rojos con sus túnicas de larga cola y sus capuces de puntiagudos. Tras él se incorporó el trono de *La Samaritana*, que estaba adornado con flor na-tural y lucía espléndido y mixto alumbra-do de bujías y bombillas eléc-tricas.

Con la misma regularidad fueron pasando los tercios restantes, incor-porándose á cada cual su trono y así fueron saliendo de la iglesia, sin que ocurriera el menor accidente, *La Ce-na* con su bien servida mesa; *La Ora-ción del Huerto* con su gran palmera y un monte poblado de palmitos y espárragos; *El Oscuro*; *El Prendi-miento*, trono en que se hermanan la severidad con la elegancia y ante el cual formó el brillante tercio de solda-dos romanos, conocido más comun-mente por tercio de judíos; el *San Juan* precedido de sus capirotes blan-cos, sobre su trono blanco y oro, ador-

Enalzaban mi talento á costa de mi sensibilidad.

—¡Qué feliz es no teniendo amor!—decían ellos.—¡Si estuviera enamorado, podría estar tan alegre!

¡Ah! Sin embargo, yo me quedaba bien amorosamente estúpido en presencia de Foedora. Si me hallaba solo con ella, no sabía que decirle, ó si hablaba maldecía el amor, estaba tristemente alegre como un cortesano que trata de ocultar algún desprecio cruel.

En fin, hice cuanto pude para conseguir hacerme en adelante indispensable á su vida, á su dicha y á su vanidad: todos los días me tenía á su lado, constituido en esclavo ó juguete suyo, siempre á sus órdenes, y no volvía á mi casa más que para trabajar por las noches, durmiendo poco más de dos ó tres horas por la mañana.

Pero no teniendo como Rastignac el hábito del sistema inglés, pronto volví á encontrarme sin un cuarto. Desde entonces, mi querido amigo, caballero sin fortuna, elegante sin dinero, enamorado anónimo, cal de nuevo en aquella vida precaria, en aquella fría y profundo desgracia cuidadosamente oculta bajo las engañadoras apariencias del lujo, volví á sentir entonces mis primitivos sufrimientos aunque meos agudos: me había familiarizado sin duda con sus terribles crisis. A menudo el té y los dulces tan parcamente ofrecidos en los salones, eran mi

solo alimento, y en más de una ocasión las cenas suntuosas de la condesa me sustentaban por dos días.

Empleaba todo mi tiempo, mis esfuerzos y mi ciencia de observación en hacer algún descubrimiento en el impenetrable carácter de Foedora. Hasta entonces la esperanza unas veces, y otra la desesperación, influyendo en mi opinión, me habían mostrado en ella alternativamente la mujer más amante ó la más insensible de su sexo; pero estas alterativas de alegría y de tristeza llegaron á hacerse intolerables, y quise poner fin á tan horrible lucha, asesinando á mi amor. Sinestros resplandores brillaban á veces en mi alma, y me hacían entrever abismos entre los dos. La condesa justificaba todos mis temores. Aún no había podido sorprender una lágrima en sus ojos. En el teatro conservaba su fría sonrisa en medio de una escena de ternura. Reservaba toda la sensibilidad para sí misma, y no adivinaba ni la felicidad ni la desgracia de otro. En fin, me había engañado. Feliz sacrificándome por ella, casi me había envenenado yendo á ver á mi pariente el duque de Navailles, hombre egoísta, que se avergozaba de mi miseria, además de ser conmigo demasiado capable para dejar de aborrecerme... Me recibí con esa fría política que dá á los ademanos y á las palabras la apariencia del insulto.

había desmentido entoramente su origen plebeyo: el olvido de sí misma era falsedad, y sus maneras en lugar de ser naturales, habían sido laboriosamente conquistadas; en fin, su política se resentía de la servidumbre.

Sus melifluas palabras eran para sus favoritos la expresión de la bondad, y su pretendida exageración era un noble entusiasmo. Yo no le había estudiado sus gestos y despreciado á un ser interior de la gruesa corteza de que solo se ocupa el mundo, y ya no me engañaron sus apariencias: conocía perfectamente su alma de hielo. Cuando un necio la obsequiaba, casi me daba vergüenza. ¡Y yo la amaba siempre! Esperaba detener su finalidad bajo las alas de un amor de poeta. Una vez abierto su corazón á las ternuras de la mujer, si yo lograba iniciarla en la sensibilidad de los afectos, entonces la veía perfecta: se dividía ante mis ojos.

Yo la amaba como hombre, como amante, como artista. A algún fatuo ó á algún frío calculador hubiesen triunfado quizá. Vana y artificiosa como era, hubiera sin duda, dado oídos al lenguaje de la lisonja y se hubiera dejado enredar entre los lazos de alguna intrigante: un hombre frío y sin alma la hubiera dominado. Acorados de oídos penetraban en lo más vivo de mi alma cuando ella me revelaba sencillamente su orgullo. Yo la veía con dolor sola